

«No os acordéis de las cosas pasadas.» Pues es lo mismo que digo yo á los españoles. No es acordéis del catolicismo, ni del diezmo, ni del derecho de pernada de los abades, ni de pagar el presupuesto del culto y clero. Al panteón del olvido con esas antiguallas, que huelen á puchero de enfermo. Probemos cosas nuevas: la República, el librepensamiento, el Jurado, el servicio militar obligatorio, la enseñanza universal gratuita y demás principios que constituyen mi programa de gobierno, que se resume en estas palabras: que cada español, llena la panza de jamón y el espíritu de ciencia, se ria como un bendito de Dios de quien quiera que sea el que pretenda gobernarle mal y explotarle bien.

«Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces.» No sé qué gusto pueda sacar el Señor en que le glorifique las bestias del campo, como no se refiera la profecía á los rurales que acompañaban á Carlos Chapa en sus depredaciones; ni qué honra con los rezos de los dragones y los avestruces, salvo que con estas palabras designase cautelosamente Isaías á los padres jesuitas y á los frailes mendicantes. De todas suertes, como El reclama el culto de los brutos, bueno será que los racionales, para evitar concomitancias denigrantes, se abstengan de perder el tiempo en semejantes fruslerías.

¡En algo se han de distinguir los librepensadores de las bestias del campo, de los dragones y de los avestruces!

CXLIV

«Esto dice el Señor á Ciro mi ungido...» Así abre Isaías el capítulo XLV de su profecía; y como esto de que el Dios de los hebreos, ó sean los escogidos, entre en palique con el paganazo de Ciro, rey de los medos réprobos, tiene tres pares y medio de bemoles proféticos, conviene

puntualizar las revelaciones para su mayor inteligencia y risa de los librepensadores.

Oído á las fechas.

Aceptando el laberinto de la cronología bíblica, Isaías, puesto que con un parche de higos curó una mortal llaga al rey Ecechías, debió ser contemporáneo de este lacerado señor. Y, como Ecechías entró á reinar 724 años antes de la Era Cristiana, y como Ciro puso fin á la cautividad de Babilonia en el año 538, resulta por sumas y restas algo más firmes que todas las profecías imaginables, que entre ambos sucesos mediaron la friolera de

186 AÑOS;

de modo que, cerca de dos siglos antes de que Ciro naciese, ya Isaías, fino de oído, escuchaba las conversaciones que Jehová tenía con el rey de los medos, que todavía no habían pensado en establecer su imperio,

Pero oigamos, si no todo, parte al menos de lo que el buen Dios de los judíos decía con tantísima anticipación al rey de los medos, que todavía sus abuelos no habían pensado en engendrar.

Atención.

Te asemeje, y no me conocistes (versículo V)
te ceñí, y no me conocistes (versículo VI).

Aunque aquí Jehová parece jugar tontamente á las mascaritas con Ciro, la cosa tiene mucho intringulis. Si Ciro, asemejado y ceñido por Jehová, no conoce á este caballero, no es por falta de vista, ni de perspicacia, sino

«Para que sepan los que hay desde el nacimiento del Sol, y los que hay desde su ocaso, que fuera de mí no le hay Dios: yo el Señor, y no hay otro.»

Lo cual constituye una de las bocanadas más grandes, y al propio tiempo más risibles, que Dios alguno haya podido decir. Pues esta es la bendita hora que, después de muerto y enterrado

Ciro, y cuando ya llevan sus huesos veintiseis siglos de estarse pudriendo, todavía ni los de la puesta del Sol, ni los de su Ocaso, ni los del Norte, ni los del Mediodía, ni siquiera los del Centro, quieren declarar que no hay otro Dios sino Jehová. Por el contrario, muchos de los conventos donde se le entonaban salmos en esta tierra de España, clásica de los garbanzos y los vagos místicos, llamados frailes, se hallan hoy transformados en cuarteles para soldados de la Revolución; y, al paso que vamos, en lo que queda de siglo, ni los mismos jesuitas van á hallar en ella un centenar de bobos que suelten la mosca á sus misioneros.

Dejemos, pues, á Jehová echar baladronadas, y á Isaias profetizar de Ciro 186 años antes de nacer éste, y rueda la bola de la descatalogación de incautos.

Porque de cierto, tan sólo un pobre incauto es capaz de presumir de católico después de aplicar la regla de tres á las profecias.

Puesto á darse tono Jehová, sigue en *creciendo*, hasta que en el versículo XXIV suelta lo siguiente:

«Porque á mí se encorvará toda rodilla, y jurará toda lengua.»

Aplicándole á este versículo el procedimiento del tío Paco, el de la *rebaja*, resulta lo siguiente:

Que la Tierra, bien que mal contados, tiene los siguientes millones de habitantes, blancos, negros, rojos y de varios colores, edades y condiciones:

Asia.	800
Europa.	300
América.	90
Africa.	50
Oceania.	25

Que hacen. 1.265
millones de seres más ó menos religiosos, entre

los que se cuentan mucha gente avisada y de talento positivo que se rie de las religiones todas.

De estos 1.265 millones de habitantes son católicos, á lo más, contando de gracia para el Papa los millones de librepensadores de Francia, Italia, España y América que no doblan la rodilla ante ningún Dios, chico ni grande, son católicos, digo, según los cálculos más galanos para la Iglesia, ó sea la verdadera Tía Javiera de la Religión,

126 MILLONES DE HABITANTES

Es decir, que de cada diez seres racionales, nueve hacen tanto caso de Jehová como yo de las nubes que llovieron en tiempo de Almanzor.

«A mí se encorvará toda rodilla: á mí jurará toda lengua.»

En buen hora lo dijisteis sin duda, señor Jehová, cuando en la hora que corre, apartada de la profecía por la friolera de dos mil y seiscientos años, todavía hay en el mundo, por fuera de los católicos, más ó menos papistas, la siguiente retahíla de incrédulos que se permitan reirse de vuestros fieros y amenazas.

Mahometanos.

Judíos.

Protestantes.

Coptos.

Armenios.

Griegos.

Mazdeístas.

Confucistas.

Sabeístas.

Brahmanistas.

Fetichistas.

Panteístas.

Politeístas.

Budhistas.

Fóístas.

Etcétera, etcétera.

Porque, eso sí, la chifadura religiosa todavía no se ha acabado, y muchos tontos consumen en averiguar los dioses que hay, el tiempo que podrían utilizar en cultivar patatas ó remendarse los pantalones. Por fortuna, ha aparecido ya en el mundo la filoxera de la teología, el oidium del misticismo, el mildew de las religiones; se llama el librepensamiento, y es de esperar que pronto dé el canuto á todo el ejército de los dioses y de los sacerdotes que de explotarlos viven.

Amén.

Esta ruina universal de los dioses (exceptuando al egregio Jehová, que yo también meto en la cuenta), fué también profetizada por Isaías.

Oidle cómo se explica el buen hombre, á quien, si hubiera metido á Jehová en la cuenta, le diría: ¡Choca compañero!

Quebrantado ha sido Bel (este Bel no es el amigo mío de este apellido, sino un Dios babilonio, llamado también Baal), *desmenuzado ha sido Nabo* (este nabo no es una hortaliza, es otro Dios de Babilonia, aunque feo de nombre): *sus simulacros se han hecho para las bestias y jumentos cargas de gran peso, como lo eran vuestras hasta el cansancio.*

¡Oh! Vosotros, los que en Semana Santa sudáis la gota gorda, llevando los pasos sobre vuestros hombros, quizá no estuviera de más que os hicierais cargo de la indirectilla que en este pasaje os echa el buen Isaías, que me parece os llama bestias de carga y jumentos.

Por si aun así no lo entendiérais, á causa de la dureza de mollera, el profeta insiste y recalca contra las imágenes de la siguiente manera:

«Vosotros que sacáis el oro del talego, y pesáis la plata con balanza; que alquiláis un platero para que haga un Dios; y se postran y le adorán.»

«Llévanle sobre los hombros, trayéndole y co-

»locándole en su lugar: y se estará y no se moverá de su puesto.»

Que es lo mismo que hacen todavía en Sevilla, y en Zaragoza, y en Toledo los paganos, que con nombre de católicos, cargan con unas andas en que va un pesado Cristo ó una pesadísima Virgen María, y después de echar el hígado trayéndolos por las calles, llévanlos á sus capillas, donde se están quietecitos hasta el año siguiente, que se repite la función, con gran algazara de las bestias de carga y jumentos, que dice Isaías.

Que la emprende de nuevo con Babilonia y la predice su espantosa ruina con palabras verdaderamente grandes y elocuentes, dignas de un patriota hebreo, que ve á los suyos humillados, ultrajados y puestos en vergonzosa esclavitud por los fieros y duros conquistadores caldeos.

De todo este montón de palabras, quiero apuntar las siguientes, que contienen una provechosa enseñanza.

«Todas estas cosas (los males y vencimientos que Babilonia ha de sufrir), vinieron sobre ti por causa de tus muchos maleficios, y por la excesiva dureza de tus encantadores.»

«Te perdiste por la multitud de tus consejos: vengan y sálvente los agoreros del cielo, que contemplan las estrellas, y contaban los meses, para anunciarte por ellos las cosas venideras.»

Lo que quiere decir en castellano limpio y claro, pero no del que clarifican y limpian académicos á lo Commeterán, que Babilonia se perdió por la canalla teológica, cayó en el polvo por culpa de los sacerdotes, y desapareció de entre las naciones á causa de su mentecatez religiosa, que le hacía olvidar lo útil y provechoso para ocuparse de las vanidades de las oráculos, horóscopos, vaticinios y demás jerigonzas y tracamundanas con que sacan los cuartos los sacer-

dotes de todos los cultos á los creyentes de todas las religiones.

Y como lo propio le sucedió á los judíos, y lo mismo á los españoles del siglo XVII, pareceme que el pueblo que se entregue á los teólogos, puede ir disponiendo las costillas para recibir los palos que en ellas han de venir á descargar indefectiblemente los pueblos que conserven el sentido común, que es el enemigo declarado de la teología y sus disparates.

CXLV

Anunciado que ha Isaías en su libro á los babilonios el desastre espantoso que sobre ellos habia de venir—anuncio de que ellos no tuvieron la más pequeña noticia—revuelve el hosco y avinagrado profeta contra los judíos, reprendiéndoles una vez más por su contumacia en lo de la violación del pacto famoso del Sinaí, diciéndoles que mientras á él no se atengan serán deslomados por sus enemigos, y, prometiéndoles que, al fin y á la postre, Jehová, blando para con ellos de entrañas, olvidando tantísimas perrerías como le llevan hechas y le harán, les pondrá en la espetera de las naciones limpios y relucientes, como un cazo famoso que habia en la cocina de mi abuelo.

Pero como estas cosas huelen ya á puchero de enfermo, y están á la saciedad en la *Biblia* repetidas y en estas NOTAS comentadas, las pasaré por alto en beneficio de la paciencia de mis lectores.

Que han de saber, como Isaías, aburrido al ver proféticamente que el Mesías habia de venir, y que los judíos le habían de vapulear de lo lindo, y escupirle é injuriarle de lo sucio, y, por último, crucificarle como á un miserable salteador de caminos en su desesperación nos llama á nosotros, quiero decir, á los que jamás judaizamos en poco, ni en mucho, ni en nada, por ser unos

paganazos de tomo y lomo, para que recibamos de buena voluntad al Cristo de los israelitas que ellos no quisieron, y le levantemos sobre nuestros hombres un trono imperecedero, cuyos chambelanes, cancilleres, condestables, duques, marqueses y ministros de menor cuantía, cubierta la cabeza con una teja, y envuelto el cuerpo con una sotana, han de comérsenos la décima parte de cuanto nosotros nos agenciásemos en este pícaro mundo.

La cosa, como se ve, no tiene de su parte malicia alguna, puesto que si el Mesías habia de venir, alguien tenia que recibirle. De nuestra parte quizá tenga mucho de tontera, ya que jamás anduvimos en estos negocios de la redención, y, sin embargo, pagamos la patente, que suma la friolera de 42 millones de pesetas á cargo del presupuesto de Gracia y Justicia.

Estos 42 millones de pesetas son la parte única de la profecía que me encocora y subleva; pues encontraría mucho más equitativo que la pagasen los judíos, en castigo de su perversidad. Ni yo me opuse á que Cristo viniera, ni yo tomé parte en su muerte, ni siquiera saqué mi escote en las bodas de Canaán: ¿por qué, pues, he de pagar yo al cura de mi pueblo, que de añadidura y como en donosa correspondencia me excomulga?

Bien examinadas las cosas, si á Cristo le hicieron en Jerusalem las afrentas y barrabasadas que cuentan los Evangelios, fué porque los judíos no pudieron menos de ejecutarlas. Había una profecía de por medio, que las puntualizaba, y ellos, fieles á sus profetas, ¿cómo pudieran excusarse de darla cumplimiento?

«Mi cuerpo—pone Isaías en boca del Mesías—»di á los que me herían, y mis mejillas á los que mesaban mi barba; mi rostro no retiré de los que me injuriaban y me escupían. El señor Dios es mi auxiliador, por eso no me he avergonza-

«do; y así puse mi cara como piedra muy dura, y sé que no seré avergonzada».

Sin quien le diese de bofetadas, le escupiese, le mesase las barbas, le injuriase y llenara de improperios al hijo de Dios, ¿cómo Isaías llevaría el nombre de profeta? De aquí que lo que tengo indicado resulte fatalmente necesario, quiero decir, que para que el cura de Flix pudiera cobrar su paguita y administrar los sacramentos, era preciso de toda precisión que á Jesucristo le diesen de puntapiés en el pretorio de Pilatos. Y, como lo que es preciso no se puede excusar, de aquí que la perversidad de los malvados que tales horrores ejecutaron, sea una perversidad digna del mayor respeto y estimación, pues estaba ya decretada en los infalibles designios del inmutable Jehová.

¿Quién el osado que se permita vociferar contra lo fatal, contra los decretos del Altísimo?

No yo, que si hubiera de atenerme al refrán «cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas á remojar», puedo considerarme en capilla para una denuncia, dado que la carta *A una madre*, de Ramón Chies, trae á éste empapelado desde hace quince días, con sospechas vehementes de mi parte de que quien en estos tiempos sagastinos próximos á la cuaresma, dice fiscalía, dice sacristía.

Así, pues, viendo de atravesar sin naufragio esta sirte de las denuncias, que van siendo ya una broma demasiado pesada, me limitaré á decir que tras el coscorrón de las ruinas, asolaciones, destierros, cautividades y zarandeos con que el profeta amenaza á Jerusalem, viene en este cuento el bollo de una restauración en beneficio de la casa de Jacob, que hará de Sión la Jauja de la teología.

He aquí la explícita manera que Jehová tiene de expresarse acerca de este punto, huyendo de las nebulosidades á que se mostró siempre aficionado,

«Consolará, pues, el Señor á Sión, y consolará todas sus ruinas; y su desierto convertirá en «delicias, y su soledad como huerto del Señor. «Gozo y alegría se hallarán en ella, acción de gracias y voz de alabanza.» (Capítulo LI, versículo III.

«Levántate, levántate, vistete de tu fortaleza, «Sión; vistete de los vestidos de tu gloria, Jerusalem, ciudad del Santo; porque no volverá á pasar por tí en adelante incircunciso ni inmundo.» (Capítulo LII, versículo I).

Lo dijo Blas, se dice en mi pueblo, lo dijo Blas y punto redondo. Y, en efecto, muchas, sino todas las cosas que dijo Blas, resultaron otros tantos *bulos*, ó quedaron más en el aire que un globo aerostático arrebatado por una tempestad.

Libreme Dios de comparar á Blas con un profeta; pero lo cierto es, que refiriéndose aquí Isaías á Jerusalem, consta que esta ciudad está en poder de inmundos musulmanes hace muchos siglos, y que de ella y de sus habitantes hicieron mangas y capirotos los romanos, que ciertamente no fueron circuncidados, porque este bautismo de sangre sólo le usaron y usan cierta clase de gentes poco limpias. De aquí al fin del mundo, sin embargo, parece que queda todavía mucho tiempo, y, ¿quién sabe si algún día se acordará Jehová de cumplirle su palabra á la infeliz Jerusalem? Además, parece que en estos pasajes hay también su intringulis místico é interpretativo, pues dicen que donde dice Sión, Jerusalem, repoblación de los desiertos, etc., debe entenderse Cristo y la Iglesia, que, en efecto, ha sido y es un jardín donde han florecido y florecen toda suerte de herejías.

En el capítulo LIII hace Isaías la más acabada de sus descripciones del Mesías, siempre dentro del tipo humilde y manso, que fué su más grande concepción como tengo explicado, tipo que tomó la Iglesia y puso al frente de todas sus teologías. Véase la clase.

«Despreciado y el postrero de los hombres, varón de dolores, y que sabe de trabajos; y como escondido su rostro y despreciado, por lo que no hicimos aprecio de él.»

«En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades, y él cargó con nuestros dolores; y nosotros le reputamos como leproso, y herido de Dios, y humillado.»

«Mas él fué llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fué por nuestros pecados: el castigo para nuestra paz fué sobre él, y con sus cardenales fuimos sanados.»

«Todos nosotros, como ovejas, nos extraviámos, cada uno se desvió por su camino, y cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros.»

«El se ofreció porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca: como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila enmudecerá y no abrirá su boca.»

Dado que los judíos consideran á Isaías uno de sus más grandes profetas, el primero después de Moisés, todos estos versículos deben serles cargados en las costillas de su asnería á los señores rabinos, que todavía están esperando un Mesías rey, emperador, conquistador y amigo del zafarrancho, después de presentales los cristianos realizada esta descripción en el pretorio de Pilatos, donde el pobrecillo de Jesús fué, en efecto, la oveja, ó más propiamente (porque no me gusta el trueque de sexos) el corderillo mudo y quieto delante de los que le trasquilan.

¡Malos que fueron, en efecto, los trasquilones que dieron al infeliz!

Recuerdo á este propósito cierta señora catalana, muy amiga mía, y más amiga aún de leer la *Imitación de Cristo*. La buena mujer, partidaria de puntualizar y detallar las cosas, se deleitaba contándome las mil y una barbaridades que los sayones y el populacho hicieron al hijo de María.

Este—exclamaba—le daba un repelón, aquel le tapaba un ojo de un escupitajo, el de más allá le regalaba un puntapié salva sea la parte, el otro le pellizcaba, el otro le daba una bofetada en los morros, el otro le largaba un latigazo, el otro le metía la punta de una caña por el oído ó por los ojos... Así la buena señora recomponía la feroz escena, y, llena de angustia y turbación, concluía invariablemente su exégesis levantando los ojos al cielo raso de la habitación, cruzando las manos sobre el pecho y diciendo:

—¡Pobre Crist!! *Qui dolor pasaria!*

Que en este hombre no hayan visto los judíos al Mesías de Isaías, al cordero trasquilado, es verdaderamente incomprensible, máxime cuando se piensa que de él ha sacado la Iglesia los miles de millones de pesetas que posee sobre la haz de la tierra, y se reflexiona en aquella profunda frase de Mariana, que retrata de cuerpo entero á los judíos, cuando de ellos dije que son gentes que conocen todos los caminos de allegar dinero.

CXLVI

Quizá una alma cándida, quizá un lagarto clerical, de la subespecie luterana, en que se dan arzobispos metropolitanos con una docena de hijos, habidos en cuatro mujeres legítimas sucesivas, me ha escrito una carta, invitándome á suspender el fuego graneado que vengo dirigiendo á la *Santa Biblia*, colmena de que viven los zánganos de varias iglesias diferentes y una sola holgazanería verdadera.

Debo manifestar y manifiesto á mi anónimo comunicante, que á perro viejo no hay tus tus, y, que como lo que yo persigo es que ningún babieca ni ningún tunante puedan, en adelante, embaucar á los cándidos, con romances acerca de la otra vida, del cielo y del infierno, continuaré, aunque le disguste, mi trabajo; sin que

me importe un bledo la cara de vinagre que al leer estas NOTAS pueden poner los obispos protestantes, que harto agradecidos deben estarme por no sacarlos á la espectación pública, para risa descomunal de éstos, los otros y los de más allá; puesto que en España, *eso* del protestantismo, aparte de las pocas pesetas que pueda costarle á los ingleses la propaganda de la *Biblia*, nunca pasará de un juego burdo de religiosidad, con que media docena de caballeros inocentes, á título de clérigos sin teja, le hacen tanto daño al catolicismo como si le rascaran las pantorrillas.

¡Pues estaría de ver que yo, que trato de sacar á los españoles de Málaga, quiere decir, de las garras felinas de la clerecía católica, consintiera, siquiera fuese con mi silencio, que alguien los llevase á Malagón, esto es, so el poder ridículo y odioso de la clerecía protestante!

Nada, nada; el que quiera hacerse luterano, calvinista ó mormón, que se haga; todo el mundo es libre de elegir el pesebre teológico que más le cuadre; pero téngase entendido que los libre-pensadores hemos suprimido ese pesebre, la teología, la religión revelada, el culto, el bautismo, la comunión y demás zarandajas, importándosenos muy poco que nos aullen los clérigos así de sotana como de gabán. A éstos, mientras no rechisten, podremos guardarles cierta consideración, puesto que al fin y á la postre, lo poco que espigan es á costa de la Iglesia católica; pero si desmandándose, se permitiesen atrevimientos impertinentes, sin duda que habría que mantearlos, hasta hacerles vomitar uno por uno los libros de la *Santa Biblia*, desde el *Genesis* hasta el *Apocalipsis*.

Porque no hay interpretación libre que valga. Lo que es un disparate en sí mismo, disparate será, por más vueltas que se les dé, en todos los tiempos y para todos los hombres. La libertad

de interpretación sólo puede conducir al libre-pensamiento, esto es, á la negación en redondo de la revelación, como tal revelación. Esto han hecho en Alemania é Inglaterra los sabios y las clases ilustradas, para quienes el cristianismo es ya sólo una leyenda: sólo los cursilones, la turba multa de los ignorantes y de los rutinarios y de los explotadores de la Reforma, son los que se debaten neciamente por avivar un fuego que se apaga y resucitar una religión que agoniza.

Pongamos un caso, que viene como anillo al dedo, y me salta al paso en esta Profecía de Isaías, que vengo anotando.

Dice muy orondo el Profeta, traduciendo palabra por palabra en lengua hebrea el pensamiento de Jehová.

«Por un momento, por un poco te desampararé, más yo te recogeré con grandes piedades.— En el momento de mi indignación escondí un poco de ti mi cara, mas con eterna misericordia me he compadecido de tí, dijo el Señor.»

Esto que dice el Señor, Jehová, Dios, el Altísimo, como se le quiera llamar, lo dice evidentemente á Jerusalem, á Sión, á la casa de Jacob, á Israel á su pueblo elegido, como se quiera entender.

Y continúa:

«Esto es para mí como en los días de Noé, á quien juré, que yo no traería más las aguas de Noé sobre la tierra: así juré, que no me enojare contigo, ni te reprenderé.»

Aquí no hay interpretación que valga, sutileza que sirva, ni recurso aprovechable para difrazar la verdad.

Jehová, que ha castigado en tiempo de Nabucodonosor con el gran daño de la cautividad y de la dispersión á su pueblo, del mismo modo que castigó con un diluvio á los hombres todos en tiempo de Noé, se arrepiente del daño causado, se vuelve atrás del castigo impuesto, y jura,

que no le volverá á hacer, á modo de chiquillo travieso que besa la mano de su padre que le acaba de azotar.

Ahora bien; si la razón concibe á Dios, le concibe como el ser infinito, inmutable, eterno, justo, sabio, *que jamás se arrepiente porque jamás puede equivocarse.* ¿Me quieren decir los arzobispos protestantes qué Dios es ese que le jura á Isafas que, arrepentido de castigar á los israelitas para siempre en adelante será con ellos misericordioso? Como no me dirán nada que no me tengan dicho los arzobispos católicos, esto es, una porrillada de sandeces, corto por lo sano, me quedo sin Jehová, y de haber necesidad de Dios, me le fabricaré á mi gusto, y con un poquito más de sentido común que todos los dioses de la guardarropía teológica, comenzando por el buey Apis y acabando por el Cordero Pascual.

La promesa de la misericordia eterna de Jehová para con Israel, después de la cautividad de Babilonia, llena el cap. LIV de la profecía; mas esto no impidió á Tito, el hijo de Vespasiano, llevarse en triunfo á Roma muchos años después el famoso candelero de los siete cuernos y las no menos famosas tablas de la ley; como no ha impedido ni impide que la casta de Jacob ande esparcida y humillada sin patria ni hogar, entre todos los pueblos de la tierra, que no se dieron á las divagaciones proféticas.

El capítulo LV comienza con una invitación, que es lástima no constituya derecho, pues de constituirlo no habría pobres ni ricos en el mundo, ni harían falta los Bancos de emisión y descuento.

Todos los sedientos venid á las aguas: Y LOS QUE NO TENÉIS DINERO, APRESURAOS, COMPRAD Y COMED...

Aconsejo á aquellos de mis lectores que quieran hacer una prueba definitiva sobre la eficacia de la revelación, que envíen al mercado á sus

criadas respectivas, no con dinero, sino con la *Biblia* abierta por este pasaje. Si les traen la compra, será prueba plena de que yo soy un mentecato al reirme de estas lecturas; si vuelven corridas ó deslomadas por el carnicero, la verdulera, el panadero, etc., no habrá para que duden una hora más de mi palabra honrada, que les viene hace seis años diciendo que todo esto es música, música y música.

Como es este final del versículo XII:

«Los montes y los collados cantarán alabanza delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas.»

Estos árboles *alabarderos* los saco á luz por si les conviene aprovecharlos á los jefes de *claque* de nuestros teatros: supongo que les saldrían más baratos que los estudiantillos de manos descomunales que al presente se usan.

CXLVII

Pesado y sujeto á quiebras es, en estos tiempos semibárbaros de monarquismo teológico, el oficio de librepensador. Pero en sublimidad, grandeza y desahogo no hay otro que le iguale. Montado en la razón y paladín de la verdad, el librepensador llama á juicio contradictorio todas las vetusteces y antiguallas, las oye en calma, con la serena placidez de la justicia, y, escardando el cebollino místico, arranca sin piedad las plantas inútiles ó dañosas, para que prosperen las semillas de bendición, destinadas á elaborar el pan de vida del progreso. Porque este es el destino humano: llegar á la verdad completa á través de mil verdades parciales, quiero decir que, caminando entre errores, hemos de alcanzar la ciencia, dejando en las zarzas la lana de borregos con que todos, cual más, cual menos, nacimos.

Valgan estas filosofías de credencial á estas

palabras del profeta hebreo, en el comienzo del capítulo LVI:

«Esto dice el Señor: Guardad derecho y justicia porque...»

(El por qué le suprimo, porque es un disparate.) Palabras llenas de sabiduría, pues guardando el derecho y la justicia, no pueden menos de ser feliz la humanidad, aunque mandara la bula lo contrario. A ellas te aten, lector discreto, importándote muy poco de que las dijese Isaias de orden de Jehová, ó que de no haberlas Isaias dicho, las dijese hoy Perico el de los Palotes: porque lo bueno, háyalo dicho quien quiera, bueno es y hacerse debe, pues no hemos de practicar el bien porque tal ó cual lo haya mandado, sino porque á nosotros nos salga de adentro, y por lo hermoso y digno que en sí mismo es el bien.

No es bueno castrar á un hombre, ni tratar al prójimo como extranjero; pero, en fin, puesto que en tiempo de Isaias había eunucos y el extranjero era considerado enemigo, bueno, admirable, sublime resulta que el profeta, levantándose sobre la preocupación de su tiempo, escribiese estas palabras de consuelo y justicia para estos desgraciados:

«Porque esto dice el Señor á los eunucos: Los que observaren mis sábados y abrazaren lo que yo quise, y guardaren mi alianza: les daré lugar en mi casa y en mis muros y mejor nombre que el que dan los hijos á las hijas: nombre sempiterno les daré que no perecerá jamás.»

«Y si los hijos del advenedizo, que se unen al Señor, para honrarle, y para amar su nombre, y para ser sus siervos: á todo el que observare el sábado que no le profane, y que guarde fielmente mi alianza: los llevaré á mi santo monte, y los alegraré en la casa de mi oración: sus holocaustos y víctimas me serán aceptas sobre el altar: porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.»

Lo que quiere decir, aparte gerigonzas teológicas y maneras de hablar privativas de los hebreos, que Dios llama á sí á todos los pueblos en la justicia, borrando la distinción brutal que antes había establecido entre los hijos de Jacob y las demás naciones; y que al mismo variabilísimo Señor, olvidándose de las barbaridades del *Deuteronomio* respecto á las ofrendas y holocaustos, admite los del extranjero y del eunuco, que no tienen la culpa de su castración ni de sus extranjerías, ¡Progreso inmenso el que se ha realizado desde Moisés á Isaias! ¡Que viene este progreso envuelto en teologías? No te importe, amigo, para recibirle. Haz en esto lo que haces con las nueces: después de comer la carne, echa el casco á la lumbre.

Cada cosa en su tiempo, y los nabos en adviento, dice el refrán, y dice muy bien. El tiempo antiguo fué el tiempo de los dioses. Había una porrillada de ellos; y cada uno amparaba su miagita de locura; de modo que el mundo parecía un manicomio suelto. Jehová fué un Dios excepcionalmente soberbio: no admitía colegas. Los demás eran más modestos. Y, como siempre resultará preferible un tirano grande á cien tiranos chicos, de aquí que los menos locos de los hombres fueron aquellos que se avinieron á tener un solo Dios. Estos, no quiero escatimarlos tal honor, fueron los judíos... que no se descastraron haciendo escurribandas á los altares de los dioses de los pueblos circunvecinos, que en honor de la verdad sea dicho, fueron en tan corto número que podrían contarse por los dedos.

Isaias, como antes que él Moisés, truena y relampaguea contra esta gentuza apóstata, con más razón que un santo. Porque si el Dios nacional de los hebreos tenía humos y hacía barrabasadas, lo que es los dioses de los pueblos vecinos eran la más odiosa canalla imaginable.

Véase la clase, que no me dejará por embustero.

«Que os consoláis con los dioses debajo de todo
»árbol frondoso, degollando vuestros hijos en
»los torrentes, debajo de las eminentes peñas.»

Dime, lector amigo, ¿si en tus librepensadoras manos cayera una docena de estos dioses, que reclamaban el sacrificio de niños, qué harías con ellos?—De mi parte te aseguro, que nuevo Moisés, los molía en un mortero, y desliendo el polvo en ácido sulfúrico, se le hacía beber á todos los teólogos que reglamentaron su culto.

«Y tras la puerta, y tras el dintel pusiste tu
»recuerdo...»

Aquí truena Isaías contra los idólatras, que ponían las imágenes de sus dioses en los portales de sus casas, *detrás de la puerta*. Aviso á esos idólatras que todavía quedan en España, y aun en el mismo Madrid, que adornan sus porterías con charramanduscas imágenes de la Virgen de la Buena Leche ó el Cristo del Buen Parto, digo, del Buen Perdón.

De uno de estos portales, tengo noticias en que allá, por el año 1832, había una Santa Catalina de Sena en el fondo, y un sumidero de aguas sucias á la entrada. Y, como entonces los portales con sumidero suplían á los actuales mingitorios, ¡puedes figurarte, lector piadoso, lo que la pobre virgen italiana del retablo vería y olería!

¡Tan católicos eran nuestros venerados abuelos!

«Clama, no ceses; como trompeta alza tu voz,
»y declara á mi pueblo sus maldades, y á la casa
»de Jacob sus pecados.»

Así comienza Isaías su capítulo LVIII, y, si no fuera por lo de la casa de Jacob, podría dudarse si Jehová habla con el hijo de Amós ó con el hijo de mi padre.

Porque, ¿qué otra cosa hago yo sino clamar sin cesar, alzando la voz tan alto que me la cogen los fiscales, contra la maldad de mi pueblo que se dejó escamotear la República, y contra el pecado de la casa de Tubal que gasta 42 millones de pesetas en presbíteros?

Sin embargo, examinando despacio el versículo, la duda que me ha asaltado al leerle de primeras, es del todo impertinente. Del clamor de Isafas hicieron los judíos el mismo caso que de las coplas de Calaino; mientras que yo, si logro transponer el siglo, todavía he de ver, antes de morirme, una España republicana en la que el que quiera cura se le pague, como es tonto; pero yo y otros lerdos por el estilo, nos ahorraremos la contribución del culto y clero, nombrándonos á nosotros mismos capellanes nuestros de casa y boca.

O en canto llano, como el que le gustaba á maese Pedro el de mono adivino; que con una tranca amojonaremos las lindes de la Iglesia y el Estado.

El diablo cargue conmigo si á su intervención no se debe que en estos tiempos de cuaresma, en que *El Resumen*, velando por la salvación de las almas de la democracia nacional, cuyo intérprete se dice, puntualiza discretísimamente en su Boletín Religioso en lo que consiste el ayuno católico, llegue yo á leer este pasaje de Isaías, en que el gran Jehová pregunta un tanto amoscado:

«El ayuno que yo exigí ¿consiste acaso en que
»un hombre aflija su ánima por un día? ¿o que
»tuerza su cabeza como círculo, y que haga
»cama de saco y de ceniza? ¿por ventura llama-
»rás esto ayuno y día aceptable al Señor?»

El simpático competidor de *La Correspondencia de España* en la lectura nocturna, nos enseña que un católico peca tomando entre comidas un dulce, y hace pecar ofreciéndole, si es acep-

tado; y aunque yo dudo si lo dice en serio ó en broma, como al fin y á la postre resulta que esta es la verdad católica; pongo por caso, que una damisela se va derechita al purgatorio, cuando menos, si aun absuelta de adulterio por su confesor, olvidó confesar el quebrantamiento del ayuno con una yema de coco; quiero que conste lo que opinaba Jehová sobre estas delicadísimas cuestiones teológicas.

Hélo aquí en puridad:

«Por ventura el ayuno que yo escogí, no es antes bien este? Rompe las ataduras de impiedad, desata los hacecillos que deprimen, despa-cha libres á aquellos que están quebrantados, y rompe toda carga. Parte con el hambriento tu pan, y á los pobres y peregrinos mételes en tu casa: cuando vieres al desnudo, cúbrelo y no desprecies tu carne.»

De modo que tenemos dos ayunos: uno el que preconiza *El Resumen* en su Boletín Religioso, por intermedio de algún clérigo modelo de santidad; otro, el que *yo escogí*, dice Jehová.

«¿Cuál escoges tú, buen hombre que esto lees? ¿El ayuno en que es pecado comer un caramelo entre horas, ó aquel en que es obligación dar de comer al hambriento y vestir al desnudo y aliviar la carga al abatido?»

Si no acertares á elegir, puedes consultar con mi capellán el padre Miralta; y si no supieres dónde hallarle, yo te indicaré su confesonario. No tiene pérdida: es un chirimbolo, á modo de arcón de guardar hogazas, donde se lee esta palabra:

¡CHIFLADURAS!

CXLVIII

Después de consagrar los que pudiéramos llamar ayunos del corazón, y tronar contra los ayunos del estómago, que llamar pudiéramos

farándulas de la bucólica teológica, pasa Isaias á profetizar largo y tendido sobre la suerte de los judíos, entre los cuales dice: *No hay quien llamé la justicia, ni hay quien juzgue con verdad*; palabras que me parecen bastantes y aun sobrantes para calificar á un pueblo de encanallado y podrido, y hasta para predecir, sin ser profeta, su ruina y desolación.

A continuación, recalcando el concepto de la perversidad israelita, el profeta escribe este morrocotudo y laberíntico versículo:

«Rompiéron huevos de áspides, y tejieron telas de araña: quien comiere de los huevos de ellos, morirá: y de lo que se empollare, saldrá el basilisco.»

Dejando á un lado el socorrido entretenimiento de estos malvados que tejen telas de araña, y no metiéndome en averiguaciones respecto al sabor de *los huevos de ellos*, pregunto yo: ¿qué es el basilisco?

Sin duda que será un animal, puesto que le encuentro en la *Biblia* consagrado, aunque no descrito, y la palabra divina no puede fallar.

Si consulto la tradición, hallo que basilisco viene del sustantivo griego *basiliskos*, que quiere decir *reyezuelo*, como diminutivo que es de *basileus*, que quiere decir rey. Hallo también que, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, vienen diciendo las gentes que los gallos, cuando llegan á viejos, ponen un huevo, del que sale una serpiente, que mata con sólo mirar, y sólo puede ser muerta mirándola á ella primero: esta serpiente es el basilisco. Y hallo, por último, que personas cachazudamente curiosas, concordando las mil y un estrafalarias descripciones dadas del basilisco, pintan á este en forma de una culebra mediana, con una cresta á modo de corona en la cabeza y una lengua en figura de lanza que le sale de la boca.

Pero si consulto las obras de los más célebres